



EL REGREO COMPOSTELANO.

N.º 8.

Abril 26.

1842.

Lisboa.

PALACIO DE LAS NECESIDADES.

HAY un pueblo vecino que es nuestro hermano por leyes, revoluciones, tradiciones, usos i costumbres: este es Portugal. Por muchos siglos ha combatido por el nombre español, i á la sombra del pendon de Castilla; fué parte de la nacion española, i cuando por la traicion de un ministro se separó de nuestra comunidad política, no por eso dejó de seguir atada al carro español. Apesar de su nacionalidad i mentida independendia fué víctima de los aconte-

cimientos de la Península, siguiendo su suerte política i parodiando sus revoluciones. I cuando meditamos que e ambicioso Albion quiere estender á la nacion de Carlos 3.º la amistad que profesa á nuestro reino limítrofe, i cuando con grandes publicistas pensamos que la España yenera se apoderará de Portugal que por ningun título puede estar separada de ella, anhelamos pintar las bellezas portuguesas porque ya las miramos como españolas, como hermanadas con nuestra historia. Entonces dirigimos nuestra vista á sus ciudades i monumentos.

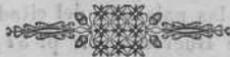
La ciudad mas hermosa del Océano--acaso de la Europa--colocada en la mejor posicion para ser el centro del comercio de Occidente, i por donde debian entrar las riquezas de esa América libre, que un dia ha de dictar leyes á la Europa, es Lisboa situada á la embocadura del Tajo sobre tres colinas. Por la parte de su puerto, en el que se mecen los gallardetes de todas las naciones, lo primero que admira el viajero es la *torre de Belem*, célebre castillo que se levanta orgulloso para reconocer los bajeles que penetran en la ciudad, castillo á cuyas inmediaciones se halla la iglesia de *Nossa Senhora da Ajuda*, el jardin botánico, laboratorio químico, la *quinta da Raynha* i el parque real. Lisboa con sus 44,000 casas, la antigua iglesia patriarcal, la nueva catedral, muchas iglesias i conventos que el hacha revolucionaria está desmoronando para hacer plazas i mercados, porque los hombres de esta jeneracion quieren mas aire, mas luz, mas cielo, temiendo ahogarse en calles obscuras i estrechas; Lisboa con su hermoso puerto, uno de los mejores del mundo, sus casas de comercio, sus 7,000 quintas que como odaliscas rodean al Sultan, á la gran ciudad que baña sus pies en el agua donde mira envaneada su rostro; con sus grandiosos edificios i confusion i bullicio que enjendra el comercio, bien merece que di-

gan los orgullosos descendientes de Vasco de Gama «quien no ha visto á Lisboa, no vió cosa buena.

Esta Constantinopla del Océano es una de las grandes capitales á que se dirijen los viajeros despues de perderse en Londres i Roma. Seguramente que al desembarcar en el puerto donde todo es fascinador, pronto domina al que pisa por primera vez su ribera, un justo resentimiento á los artistas que han desgastado su pensamiento en aquellas casas feas, sucias i desiguales. En cambio cerca de los muelles halla la gran plaza del *Rocio*, con sus 600 varas de lonjitud i 300 de ancho; plaza terrible donde la Inquisicion tenia sus autos de fé, plaza que con sus diez calles que parten de ella i el edificio melancólico del Santo Oficio, se parece á una araña que estiende sus piernas sobre la ciudad.— Con esta plaza rivaliza la del *Comercio* con sus 615 pies de largo i 550 de ancho; plaza magnífica donde descuellan los edificios de toda Metrópoli comerciante, la Aduana, la Lonja, i en cuyo centro se admira la brillante estatua de José 1.º que humilló á la nobleza i rompió el cetro de los desferrados de Clemente 14. Esta parte de la ciudad es la mas grandiosa por sus plazas i sus calles anchas, rectas i elegantes i por hallarse en ella el palacio de las *Necesidades*, cuya fachada presentamos al lector. Esta Tullerías de Lisboa, rebosa en sencillez, en hermosura i al contemplarle el viajero con su conjunto armónico i proporcionado, no puede menos de decir «ese es el palacio de los Reyes.»

Tal es Lisboa, ciudad hermoseedada con las glorias españolas, con las revoluciones portuguesas, i con la historia de las antigüedades de aquel reino.

A. FARALDO.



LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE 813.

CONCLUSION.



UANDO nuestra antigua Metrópoli no era mas que el templo de D. Alonso el Casto, nada ofrecia de grande, ni de cristiano sino un sepulcro. Era una capilla triste, oscura, miserable i labrada *con mas devocion que grandeza*, como dice Florez. Sin mas altar que aquel donde Teodomiro colocara un ara, ni mas luz que la de una humilde lámpara, tenia por techo un mezquino maderamen i por pórtico algunas columnas de labor primoroso—*opere miro* (1)—para aquellos groseros tiempos. Reconociéndose tan pequeña i abandonada, le pidió al Rey un hermano que le acariciase con las salmodias de sus monjes, un confidente que recojiese las plegarias que le tributarian los hombres, i un dia al despertar de su sueño de pocas horas ya le vió al lado (2). Al mismo tiempo ha escuchado á sus espaldas un murmullo vago, incierto; i era el balbucir de un pueblo que nacia, *cuatrocentos mouradores* (3) que rebullian al pié de un sepulcro i se apiñaban en una iglesia, eran *los vezinos de la iglesia de S. Felis de Solovio* que venian desde el Bur-

(1) Palabras de Alonso el Magno.

(2) Este fué el monasterio de ante-altares. Vease á Yepes Cronic. gen. t. 4.º p. 48, á Huerta t. 2.º p. 314, i á Florez t. 19 p. 21.

(3) Véanse las palabras del citado libro de los CAMBIADORES que trae Huerta t. 2.º p. 311.

go de los Tamariscos al Burgo de Libredion--el antiquísimo *Liberum donum* de D.^a Lupa--para escuchar á los doce monjes de ante-altares (1). Temerosa, duda si aquellos hombres le arrancarán su sepulcro, i para calmar su sobresalto, le hace D. Alonso el Casto, señora de ellos (2). Loca entonces de contento, ve á sus pies el nacer de un pueblo que levantaba sus casas (3), i contempla con orgullo los CAMBIADORES que estaban con *sus taboas doradas e pintadas, con sus Arcas e balanzas e moedas* para recojer las ofrendas de los peregrinos (4). Limpia del polvo sus *arcos marmoreos*, se corona de luces (5), pone sus guardas en el pórtico, abre la capilla de S. Juan (6), llama por sus monjes i toca su esquilon. Pregona su poder i quiere que todos la visiten, que todos la contemplen, que todos la admiren. Luego, muy luego por el dia, por la noche, á cada instante, multitud de peregrinos cantando, rezando, llorando pasan por su puerta i animan su interior. Caballeros que velan sus armas, doncellas que lloran por sus que-

(1) Véase á Castela Ferrer Hist. de Sant. lib. 3. Cap. 3 fol. 231.

(2) D. Alonso el Casto le dió *tria millia ingyro tumba Ecclesie* &c. Vease la escrit. de cesion que trae Florez en el apéndice del tom. 19.

(3) *Pulchras domos ædificaverunt*--dice D. Alonso el Magno en una escrit. del apéndice del tomo citado del P. Florez.

(4) Véase Huerta t. 2. ° lib. 8. ° cap. 17 p. 342.

(5) *E das ganancias se pusiesen cirios que alomeasen ante o Apostolo.* I guardas tambien.

(6) Una de las tres capillas, i que venia á estar donde ahora ostenta la puerta del relox su estrambótica fachada.

ridos, ancianos que piden por los valientes de Roncesvalles; todos se postran al pié de un sepulcro. Unos besan el bordon del Apóstol, que colocara Teodomiro cerca del altar, otros se arrodillan en la capilla de S. Juan, i allí reciben el agua de bendicion. Estos corren á la iglesia de ante-altares i cansados de arrodillarse en sus tres capillas (1), vuelven á juntarse á sus compañeros; aquellos se apiñan en el pórtico despidiéndose de los CABALLEROS DE LA ESPADA (2), i guardan en sus *maletas* pedazos de tierra que arrancan de las tapias del templo. Algunos se juntan bajo el relieve del Apóstol, montado en aquella gran bestiaza que á juzgar por su exterior aun me atreveria á decir que se encuentra con ánimo para galopar otros mil años (3); i muchos miran con pasmo el cuerno del toro de D. Ordoño, que colgado del techo se presentaba á aquellas almas como una prueba del omnimodo poder de Dios (4). I luego que aparecen los doce monjes de ante-altares para entonar los cánticos sagrados, toda aquella multitud unida, impetuosa, hormiguea para respon-

(1) La del Salvador—hoy del Rey de Francia—la de S. Pedro, que se demolió para hacer la del Pilar, i la de S. Juan Apóstol, que aun es hoy parroquia.

(2) *Cofradía* que fundó D. Ramiro 1.º Véase á Mendez Silva, Catálogo real de Esp. § XXXXIII fol. 31, i á la *Histoire des ordres monastiques religieux et militaires* t. 2.º cap. 29 p. 256 i siguientes.

(3) Es el que aun está á la izquierda de la puerta de los cláustros. En el reinado de Carlos 3.º sirvió de medalla arqueológica para probar la veracidad de la batalla de Clavijo.

(4) Muchos niegan este hecho, pero yo no me meteré á Masden en asuntos que mas pertenecen al crítico que al poeta.

der sin orden, sin concierto, sin idioma. Todo es una confusion, mas una confusion reverente, religiosa; i el templo aunque descontento por lo mezquino de su techumbre, se adormece i acompaña al pueblo con su lengua de esquilon. ¿Se retiran los monjes? ¿se renuevan las luces? Todos estos hombres i mujeres, esta multitud ávida, loca, se arremolina prensada en aquellos arcos de mármol que cubren el sepulcro besado por Carlo Magno i Ramiro, i tanto rostro tiznado por la opaca luz de la lámpara, i tanto peregrino subiendo por aquella estenuada escalera, se parecen desde el pórtico á otras tantas almas que llaman i se inquietan á la puerta de la gloria, cruzando luego por el techo cubiertas de capuces desmedidos.—Pronto es noche!... i luego danzan en el pórtico mil grotescas figuras que estampan otros tantos Romeos que vomita aquella boca encendida.

Entonces es cuando la primitiva Catedral, el monumento de D. Alonso el Casto, la Catedral de 813 duerme arrullada por las sombras...

Marzo de 1840.

A. NEIRA.



EPIGRAMA.



A un caballero una hermosa
 Dijo con ardiente afan:
 —¿Quien de cuantos aquí están
 Es Martinez de la Rosa?
 Con sonrisa seductora
 El, cortes la respondió:
 —Lo que es Martinez soy yo;
 La Rosa sois vos, Señora.—*J. Posada.*—(R.º)

EL MENDIGO.

Esta, querido Delaunay, no es para la mayor parte de los hombres mas que una palabra...

DUMAS.



ORQUE soy pobre!... i aunque pobre ¿no puedo alimentar una pasión como el poderoso?... Amar el mendigo, el proscripto de la sociedad, abrir sus labios para decir que ama! Que locura!! Para el pobre solo están reservados el abatimiento i la miseria... ¿Amor! cuando el hombre ni aun me quiere llamar su hermano, cuando huye de mí porque mis harapos no se rocen con sus vestidos de seda, cuando mi semblante cadavérico solo puede inspirar asco. Oh! conténtate miserable con abrir los labios para pedir sustento.

Estaria gracioso que Lázaro el mendigo, que el mendigo Lázaro, que hace treinta años se arrastra por el lodo golpeando con su mano descarnada á las puertas del magnate, i que cuando no pueden escucharle desde el festin abre su boca amarillenta pidiendo pan, que Lázaro, este que aquí ves desnudo ¡oh mundo! dijese un día á la hermosa que pasa á su lado cubierta de oro i relumbron, *yo te amo!*--Seria esto una locura que te costaria mas desprecios, mas humillacion, ser mas pobre aun...

Oh! que imagen cruza en este instante por delante de mis ojos!... Ella, aquella niña sonrosada i pura que alarga su mano pequenita i blanca dando una limosna al pobre... Animo Lázaro: cuando se acerque riéndose para tí, alza la vista que tienes clavada en tus pies descal-

zos, i sonriete... pero yo deliro; la mano del poderoso, esta mano que me abisma en la desgracia, me abofetea-
ria.—I esto me costaria mas desprecios, mas humillacion,
ser mas pobre aun.

¡Dios mío! aun faltan diez horas... Yo cuento por instantes aquel momento en que pasa á mi lado rozando sus vestidos con mis andrajos i sin pensar que bajo el polvo que nubla mi frente, la miran unos ojos de fuego que quisieran devorar aquel tesoro de amor. Yo despierto como de un sueño, como de una noche que cubre mi corazon cuando toca la campana de la iglesia... i sin perder tiempo, afanoso, impaciente, me dirijo al pórtico del templo para ver aquella niña que tanto adoro. Todo lo olvido entonces, porque aquel relámpago de vida pertenece á mi pecho, ilumina mi alma; i nada valen para el mendigo la existencia, la fortuna, el magnate que esperaba en la esquina de una calle. Pobre! humíllate que ella va á pasar sacando de su seno la limosna que alarga á su Lázaro, á su Lázaro el mendigo... Alégrate, sigue tras ella, que al tender tu diestra, ella volverá la cabeza i dirá mirando para tus pies—Lázaro ya volveré mañana...

He aquí lo que me queda de esperanza!... Allí va... que alegre, que hermosa, que sencilla se presenta bajo las bóvedas del templo... quien sabe! si al llegarme á su lado sumiso i abatido, i al pintarle mi amor como un homenaje, como un culto profano, ella me a... Oh! que horror!! Hablar así el mendigo sin besar la limosna que le han dado, sin llorar sobre ella, ni rezar aun.»

El infeliz hace por desprenderse entonces de esta idea, i se arrodilla sereno i radiante ante un altar, abriendo sus brazos i golpeando su pecho. Al cabo de poco tiempo se le ve cruzar por el pórtico murmurando en voz baja—Maña...na vol...veré Láza...ro.—Los que le

escuchaban decían—Infeliz! como se acuerda de la promesa que alguna anciana le hizo.

19 Abril. 1842.

A. NEIRA.



SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS.

D. BARTOLO EL LITERATO.

A todos i á ninguno....

HOMBRE ¿que hace V. ahí, que parece se quiere tragar la esquina?

—Nada... pasando el tiempo.

—Oh! diga V. la verdad.

—No hay verdad que valga...

—Sr. D. Bartolo, conmigo viene mal esa modestia, ese pudor. Hombres como V. que han consagrado lo mas puro, lo mas hermoso, lo mas florido de su juventud....

—Esos son favores que V. me hace.

—Ca! no es sino la verdad clara i terminante. Pero dejándonos de cumplimientos, estaba V. leyendo el anuncio de algun drama tal vez....

—No señor.

—Alguna nueva aplicacion del fósforo?

—Tampoco.

—De la goma elástica?

—Menos.

—Algun prospecto?

—Nada, nada de eso. Si quiere V. que le diga la verdad estaba dando al demonio esta papeleta. Es mucho

el furor que hay de inventar palabras, i fracturar nuestro hermoso i encantador idioma.

—Es que si V. lo toma todo por donde viene, mal va la cosa Sr. D. Bartolo *ars longa vita brevis* dice Hipócrates, i librese V. de la enfermedad crónica que nos acomete á nosotros los que solo tenemos una tiuturi-lla de todas las cosas. Mas claro; no caiga V. en la dolencia de analizarlo todo sin deber.

—Pero Sr. D. Torcuato ¿quien tendrá paciencia...

—Quien tenga serenidad para reirse de todo como hago yo. Estaria bueno que me calentase yo los sesos por esas pequeneces. Escuchar á unos, sufrir á otros, reirme con aquellos, elojiar con estos, andar de ceca en meca, i ser uno el verdadero dominguillo de las paudillas que siempre i eternamente han de censurar lo que les venga a cuento.

—D. Torcuato acérquese V. i despues no hablará tanto. Una cosa es censurar por censurar, otra cosa es...

—I de esta suerte aquel buen señor no tuvo mas remedio que *acercarse* viendo no sin sorpresa que D. Bartolo —que era hombre que lo entendia á fuer de literato— dirijia sus miradas á una papeleta trapezoide que reclamaba no sé que pérdida. Era el tal D. Bartolo uno de los muchos é infinitos Bartolos que viajan por esta tierra de promision, de esos jovencitos presumidos, charlatanes, chufletes, descontentadizos—verdaderos literatos á palos, como el médico del rey de los clásicos españoles—raza de ignorantes que ha destinado el Dios de viñetas á la magnífica impresion de las rapsodias literarias. Esto no sacaba que hubiese seguido su *carrera*, que fuese como ya decia Moratin en su tiempo *mancebito que acababa de salir de la Universidad, muy atestada de Vinios la cabeza i sin un cuarto en el bolsillo*, amen de leer todos los comentadores de nuestros códigos, el *Viajero universal*, las

Cartas críticas de *Constantini*, algunos tomos del A. Andres i su inseparable *Lampillas*.

—Pues sí señor—dice D. Torcuato como deseando anudar el hilo de la conversacion—esto está atroz, pero debe V. saber que *aliquando dormitat Homerus*.

—No diga V. eso.

D. Torcuato conocia el denominado i denominador de aquel *quebrado* de literato, i se estaba riendo desde el principio del diálogo.—Es que la catástrofe—prosigue —no merecé otro lenguaje.

—Si no está el mal en eso—repone D. Bartolo amostazándose é inflando las narices.

—La precipitacion con que está redactada...

—Tampoco.

—El jénero á que pertenece...

—Menos.

—Entonces lo anfibolójico de la pérdida marrañal que reclama....

—Mucho menos.

—Entonces será porque yo estoy aquí, i así beso á V. la mano, i tenga presente—i á cada pié de la cuarteta que recitaba alzaba uno de los pareados con que andaba--

Quien habla se cansa en vano,

Toda Retórica es viento,

Que el que dice, tiene aliento,

Pero el que da tiene mano.

D. Bartolo quedó mirando por largo tiempo como marchaba D. Torcuato, i luego dijo con presuncion i desprecio.—La culpa la tengo yo en hablar con jente que no está al corriente del *espíritu del siglo*. A. NEIRA.



UNA MADRE.

UNA madre!!... he aquí la mujer á quien consagra el mortal sus primeras lágrimas. ¡Madre!!... esta es la primera palabra que articula el hombre i el hombre casi mudo, inerte, miserable; el niño que recibe besos i abrazos.

Esa mujer mira enamorada á su tesoro i para ella aquel inocente es su encanto, su ventura, su mundo. Flor lozana en la primavera de la existencia besa á otra flor mas tierna aun... i cuando la muerte marchita su tallo, todo lo olvida para pensar en su hijo... en su hijo que no volverá á ver Oh! cuanto vale una madre!!

Adore el hombre á una ingrata, orne de flores el sendero de la vida, sonriase ante un mundo engañador, yo no quiero mas hermosa, más vida ni mas mundo que una madre.—J. DOMINGUEZ.—(R.º)

LA PROFECIA.

DESCENDIA la lluvia á torrentes del cielo, i un embozado llamaba á la puerta de una cabaña de S. Ger-

man. El encubierto ha entrado muy presto, i despues de reconocerle con detencion una vieja fea i desdentada le ofreció su cena.—No tengo mas hidalgo--dice de repente--ya veis... tantos impuestos, la perfidia de mis enemigos que me acusan de hechicera para robarme...

—Dejad--i al decir esto tomaba el hidalgo el ademán de un príncipe--que cuando yo sea rey de Francia, el pueblo será libre. Al pronunciar estas palabras, otra vez llaman á la puerta de la cabaña, i la anciana corre á abrir, encontrándose muy luego con otro embozado que le dice.—Vieja de Fierabras, no teneis que darme?

—No señor.

—Entonces repartiremos, Enrique.

—Como gustéis.—Al punto llaman por tercera vez á la puerta i desenvaina el uno su puñal, i el otro coloca la espada al lado. Cuando el tercer Enrique entró, se ha sonreido... era aquello una sonrisa maligna.

—Supongo que me querreis dar de vuestra cena--pregunta con ironia el último de los encubiertos.

—Pertenece de derecho al que primero llegó--dice este.

—O al que mejor la defienda--prosigue el segundo.

—Ni lo uno ni lo otro--repuso el tercero--la cena será del que mejor la conquiste. I á esto unos desenvainan sus espadas, i otros levantan sus puñales. Abrese la puerta, i entra otro hidalgo que al ver aquello; saca su espada sin saber por qué. Apágase la luz; i cuando la anciana de la cabaña enciende su candileja, encuentra echados en tierra i cubiertos de sangre á los cuatro Enriques. Entonces se levantan avergonzados i soltando una recia carcajada se dicen unos á otros.—Amigos, asunto concluido i cenemos en paz.

—Buena cena os dé Dios--contesta la hechicera de S. German, señalando para el suelo--ahí la teneis pisada

por vuestros pies i manchada por vuestra propia sangre. I mientras que ellos se miraban con estupidez, la anciana clavara sus ojos en los semblantes de los cuatro Enriques.—¿Qué mirais?—le dice uno de ellos.

—Estoy leyendo--le contesta--vuestro destino.

—Pues decidlo--reponen los cuatro á un tiempo; i tomando la anciana la actitud de un profeta, prosigue. —Vosotros tenéis un mismo nombre, para vosotros está reservado un mismo porvenir. Vosotros pisasteis i manchasteis este suelo hospitalario, vosotros pisareis i manchareis el poder que os confien, vosotros empobrecisteis i arruinásteis esta miserable cabaña, vosotros empobrecereis i arruinareis la Francia, vosotros os heristeis i os maltratasteis á oscuras, vosotros sereis heridos i maltratados por el veneno i la traicion...

Una carcajada insultante volvió á salir de aquellos labios incrédulos...

¡Oh! i la prediccion de la hechicera se ha cumplido!! —Ellos eran los cuatro héroes de la Liga: sus dos jefes i sus dos enemigos. Enrique de Condé, envenenado en Saint Juan de Anjely por su mujer. Enrique de Guisa, asesinado en Blois por los 45. Enrique de Valois (Enrique 3.º) asesinado en Saint Cloud por Santiago Clemente, i Enrique de Borbon (Enrique 4.º) asesinado en Paris por Raivallac.



SENTENCIA.—«La voz de la sabiduría busca los oídos del sabio»

Historias Sallegas.



En la batalla de Navas de Tolosa señalaronse los gallegos D. Garcia Romero, Gonzalo Ruiz, Rui Perez Villalobos, Fernan Gutierrez de Castro, Fernan Garcia rico-hombre de D. Alonso, i Fernan Perez de Traba jeneral.

En la toma de Córdoba los que primero asaltaron sus murallas fueron Benito Baños, i Alvaro Colodro, cuyo nombre tomó una torre de la cual despeñaron los moros que la guardaban.

En la conquista de Sevilla el Maestre de Santiago D. Pelayo Perez Correa hizo una cruel matanza en los sitiados. Muchos mas gallegos se distinguieron tambien.

En Velez los que prendieron al Rey de Granada, ajustando las capitulaciones de este reino, fueron los gallegos D. Alonso, Diego, i Gonzalo Fernandez de Córdoba.

La prision de D. Alonso Henriquez, primer Rey de Portugal, en tiempo de D. Fernando el 2.º, la hizo el gallego Fernandez Arias Saavedra.

La prision del Rey moro Alathar, la hicieron los caballeros gallegos que llevan el apellido de Córdoba ó Temes.

La prision del Rey Francisco 1.º en la memorable batalla de Pavia, la hizo el gallego Alonso Pita de Veiga.